

MARÍA CARMAN

LAS TRAMPAS DE LA NATURALEZA

*Medio ambiente y segregación
en Buenos Aires*



CLACSO

Primera edición, 2011

Carman, María

Las trampas de la naturaleza : medio ambiente y segregación en Buenos Aires . - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2011.

288 p. ; 21x14 cm. - (Sociología)

ISBN 978-950-557-863-4

1. Antropología Social. I. Título.
CDD 306

Armado de tapa: Juan Balaguer

Imagen de tapa: María Carman

Foto de solapa: Juana Ghera

La Colección de Investigación es el resultado de una iniciativa dirigida a la promoción y difusión de los trabajos que los investigadores de América Latina y el Caribe realizan con el apoyo del Programa de Becas de CLACSO.

Este libro presenta la investigación que la autora realizó en el marco del concurso de proyectos para investigadores de nivel intermedio *Naturaleza, sociedad y territorio en América Latina y el Caribe* organizado por el Programa Regional de Becas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (Asdi). Los contenidos de este libro han sido seleccionados y evaluados en un proceso de revisión por pares.



D.R. © 2011, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.

El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-863-4

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.
Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i> , por Estela Grassi	15
<i>Introducción</i>	27
I. <i>La Villa Rodrigo Bueno</i>	37
Los adanes	40
En el ojo de la tormenta	47
El imperio de lo natural	49
La concepción de lo humano como amenaza a lo natural	54
La concepción altruista	61
La recuperación del espacio público	63
La producción de superfluidad	78
Los que volvieron, los que nunca se fueron	82
“Tengo un corazón verde, pero...”	88
La expropiación de la humanidad	97
II. <i>La Aldea Gay</i>	105
Debajo del paraíso	108
Debajo del puente	114
La llegada de las familias	115
El parque de los <i>trollos</i>	118
Viaje al fin de la noche	121
Vecinos Unidos y la monumentalización de la naturaleza	124
El doble discurso del Estado	131
La firma del convenio	135

El “desespero”	138
La doble mancha	141
El paradigma comunalista	146
Los techos caen sobre el suelo	161
III. <i>La máxima intrusión socialmente aceptable</i>	167
Más verdes que nunca	170
Gestiones culturales de resistencia	176
Las esquizopolíticas, o una moral práctica sobre los usos del espacio	186
IV. <i>Los barrios con candado en el jardín de Epicuro</i>	197
El embellecimiento estratégico de la ciudad	198
La producción del olvido	203
Usinas de miedo en la ciudad	206
La metamorfosis del espacio	209
El miedo y la libertad	211
El naturalismo, la propiedad privada y la beneficencia . .	214
¿El temor lo justifica todo?	216
“Vive oculto”	218
¿Un placer inmutable?	220
Riesgos de la burbuja serial	230
<i>Conclusiones</i>	233
Lo animal y lo humano	238
¿La clase social entre paréntesis?	247
Lo puro y lo impuro	251
<i>Bibliografía</i>	261
<i>Índice de nombres</i>	281

En memoria de la Pedro (1957-2008).

AGRADECIMIENTOS

ESTE LIBRO, COMO TODA ETNOGRAFÍA, resume una experiencia personal: mi modo de pensar y sentir a los habitantes de Rodrigo Bueno, la Aldea Gay, los barrios privados, y los vaivenes contradictorios de su existencia. Fue escrito en la soledad de mi casa; casi un eufemismo de los gritos, risas, llantos y partidos de fútbol de mis hijos varones y sus amigos, en los que mi ejercicio de escritura se ve sumergido día a día y a los cuales, de algún modo milagroso, sobrevive. Pero también fue escrito en el colectivo 4 de la Costanera Sur, en los pasillos de Ciudad Universitaria, o sobre un colchón de la Aldea Gay.

Al mismo tiempo, el libro condensa una experiencia colectiva: la relación intersubjetiva con los habitantes de dichos barrios, los empleados y funcionarios de ONG y del poder local. Gracias a Agustín Quesada, Leonardo Raffo, Joos Heintz, Valeria Barbuto, Carolina Sticotti, Leonardo Daicz, Federico Caeiro, María de Luján Arzubi Calvo y Andrés Bosso, que tuvieron la amabilidad de compartir sus saberes y puntos de vista conmigo. Gracias a María Elia Capella, quien nos recibió en su casa y nos proporcionó los primeros contactos para acercarnos a los habitantes de Rodrigo Bueno.

Hay otro aspecto crucial y novedoso para mí, que nutrió las distintas etapas de la escritura: el trabajo de campo con mis colegas. El apoyo emocional, el afecto, el constante intercambio de impresiones y la lectura de sus textos me ha resultado un estímulo invaluable en la concreción de este proyecto. Infinitas gracias a María Paula Yacovino, Vanina Lekerman, Florencia Girola y María Eugenia Crovara. Y también a Germán Bianco Dubini y Carola Escalada, ambos un horizonte ético para mí. Para Mercedes Pico no tengo casi palabras: ella no solo me facilitó muchísima

bibliografía, sino que ha soportado mis ataques de entusiasmo en su casa, la villa o los bares de Buenos Aires con una angelical sonrisa que rara vez abandona su cara. Si escribimos por amor, tengo que mencionar en la lista a todos aquellos cuya presencia en el campo y sus preocupaciones afines potenciaron las mías propias. Exhausta de un larguísimo trabajo en terreno en el barrio del Abasto, es probable que no hubiese juntado el ánimo suficiente para emprender un nuevo campo sin su grata compañía.

* * *

La aparición de este libro alivia la frustración que experimenté cuando ningún periódico nacional quiso publicar mi versión del “feliz desalojo” de la Aldea Gay. Y alivia en parte mi desazón por haber perdido el rastro de algunos vecinos de la aldea con los que había construido un entrañable vínculo afectivo. Va entonces mi sentido agradecimiento a *la Pedro*, fallecido trágicamente, y a Gustavo, a quien quisiera reencontrar pronto.

Quizás él tampoco lea jamás estas palabras, pero no soy la misma luego de haberlos conocido. Ellos ensancharon mi vivencia del mundo y lograron que, al volver esos pocos kilómetros en bicicleta desde la Aldea Gay hasta casa –bordeando el río y cruzando la frontera imperceptible que separa la capital de la provincia–, mi familia y mi barrio fuesen también otros.

Asimismo, quiero agradecer a los vecinos de ambas villas que me recibieron con calidez humana. Además de tolerar estoicamente mis preguntas, ellos compartieron conmigo –entre litros de mates saborizados– recuerdos felices y oscuros, anhelos, pequeños ocios y placeres. Sus errores. Sus fotografías. Sus matrimonios y divorcios. Y cicatrices, dolencias, mascotas, reliquias, discos, libros, plantas. El lugar donde quieren morir y el lugar donde no quisieran morir. Y todo lo que no se puede tocar sino a través de sus palabras: la infancia, el legado de los padres y el legado que ellos procuran dejar a sus hijos (que sus niños, en sus palabras, “sean alguien”; la persona que ellos no pudieron ser).

Mi gratitud a Margarita, Blanca, Julia, Leila, Nancy, Marcial, Tito, Rosana, Karen, Esther, Inocencio, Pampa, Ludmila, Chile, Yolanda, Miriam, Mariana, Judith, Rafael, Magdalena, Liliana, Ramona, Luis, Daniel, Sandro, Alfredo, Lorena, María José, Nicolás, Jorge, Bárbara, Julio, Noemí y Nora. Hago extensiva mi gratitud a residentes de barrios cerrados y militantes, pasantes, estudiantes, empleados y funcionarios de diversas ONG, dependencias estatales o instituciones universitarias que consintieron en conversar conmigo y compartir sus puntos de vista.

No quiero olvidarme de agradecer al equipo del Programa de Antropología de la Cultura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires por su apoyo durante la redacción del libro y, en particular, a Mónica Lacarrieu, Gretel Thomasz y Mariel Rubio. Y gracias a mis compañeras de cátedra y a mis colegas del proyecto UBACYT por los valiosos debates. Especialmente quiero agradecer a Estela Grassi, que tuvo la enorme generosidad de escribir el prólogo. En el capítulo de los barrios privados me resultaron inestimables los comentarios de Pablo Wright, Marcos Guntin, Florencia Girola y Sebastián Robles. En la corrección final del libro, como siempre, tuve el honor de contar con la sagaz mirada de María Hilda Sáenz, mi madre. Ana Trybiarz diseñó los mapas; Hugo Partucci y Julieta Escardó me ayudaron a seleccionar las fotografías. Paula Isola, Gustavo Dieguez y Paolo Maini también me dieron una mano. Gracias, gracias a todos.

Varias instituciones financiaron o apoyaron esta investigación: el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas [CONICET] (Proyectos de Investigación Plurianual [PIP], dirigidos por Mónica Lacarrieu), la Universidad de Buenos Aires a través del proyecto UBACYT que coordino, y la Agencia Nacional de Ciencia y Técnica a través de un Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica [PICT] también dirigido por Mónica Lacarrieu. Un fragmento del capítulo 1 obtuvo, en 2007, el primer premio del Premio a la Producción Científica sobre Discriminación en la Argentina, organizado por el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo. El proyecto de este

libro fue ganador además del Concurso “Naturaleza, sociedad y territorio en América Latina y el Caribe”, categoría consolidación académica, del Programa de Becas CLACSO-Asdi de promoción de la investigación social para investigadores de América Latina y el Caribe (2006-2008). Quiero expresar mi agradecimiento a todas estas instituciones.

* * *

Mientras termino de dar las últimas “pinceladas” a este libro, mi padre corrige las pruebas de galera del suyo sobre el hornero (*Furnarius rufus*). Es verano, y estamos en un barrio privado de la zona norte del Gran Buenos Aires. Disociada del exclusivo lugar donde me encuentro, escribo sobre la atribución de animalidad a los habitantes de la Aldea Gay. Mi padre también tiene sus contradicciones: escribe sobre los magníficos nidos que construye el hornero a pocos metros de la jaula que confina a su canario. Me comenta que, si no entendió mal mi tema, él está trabajando algo similar: la antropomorfización de los animales que “nosotros, los naturalistas, detestamos”. Me cita con entusiasmo a Konrad Lorenz (cuya obra nosotros, los antropólogos, no veneramos). No entro en polémica y disfruto de nuestros espejos invertidos. Va como un homenaje a mi querido padre, periodista y ornitólogo, de quien aprendí tantas cosas.

PRÓLOGO

Estela Grassi

PROLOGAR UN LIBRO es siempre un compromiso, pero lo es más si su autora es una querida compañera que antes fue mi alumna y que, además, escribe novelas. Los libros que escribe María Carman como investigadora tienen algo de novela, no solo por su vena de escritora sino también por las situaciones humanas que elige para referirse a los problemas que le preocupan: la segregación urbana y la “violencia civilizada” por el discurso. La cultura (o el patrimonio cultural) en su libro anterior, *Las trampas de la cultura*, y la naturaleza (o el patrimonio natural) en éste, se erigen en el eje de los argumentos que justifican el rechazo de la sociedad legítima hacia sus miembros indeseables, o la autosegregación de quienes hallan en la mezcla de clases y pertenencias de la ciudad, un caos peligroso. Violencia civilizada, y no tanto, entre los que disponen de todos los signos de la pertenencia (desde el dinero a los modos de ser, la estética y los gustos) y que acaso esperan permanecer incontaminados en el barrio cerrado, y aquellos grupos que pugnan por acoplarse a la mezcla caótica de la ciudad y ser reconocidos por un orden al que transgreden en algunas de sus normas: creencias, reglas, principios morales.

En *Las trampas de la cultura*, María Carman tenía como referentes a un grupo de pobladores habitantes de casas tomadas en un barrio de Buenos Aires devenido patrimonio cultural cuando ese lugar de la ciudad comenzó a valorizarse. Mostraba allí cómo el término “cultura” articulaba una diversidad de discursos que se referían tanto al patrimonio histórico como a la procedencia de los ocupantes ilegales; portadores estos últimos de una identidad ajena a la “porteñidad” de un barrio bien porteño porque el Abasto –de él se trata– era el barrio de Gardel.

En el presente libro, encontramos que es la naturaleza el término ubicuo en los discursos por la disputa del espacio: se trata ahora del patrimonio natural o, en el extremo de la paradoja, de la naturaleza como patrimonio cultural.

La autora analiza dos casos de propiedades públicas ocupadas. Por un lado, unas cuatrocientas familias procedentes de otras provincias argentinas y de países cercanos expandieron la Villa Rodrigo Bueno en terrenos lindantes con la Reserva Ecológica Costanera Sur, a los pies del moderno y lujoso barrio de Puerto Madero. Sabemos por la autora que una parte de su supervivencia dependía de lo que la ciudad produce como desecho o recurso, según quien lo tira o lo usa. ¿Es muy erróneo hipotetizar además que sus habitantes engrosan la mano de obra de la construcción de Puerto Madero y que las mujeres son empleadas domésticas de “los vecinos”, algunos de ellos famosos? El capítulo I del libro se ocupa de la formación y el desalojo parcial de la Villa Rodrigo Bueno, de los conflictos de intereses, del papel que le cupo al Estado, y de la naturaleza en cada una de tales instancias: la naturaleza para disfrute de todos, la naturaleza como recurso para vivir, la naturaleza para ver desde lo alto. La naturaleza *hecha* de escombros y residuos de la ciudad en tierra ganada al río.

El otro grupo no solo ocupaba propiedad pública (una franja detrás de Ciudad Universitaria hacia donde se extiende el Parque de la Memoria y la Reserva Natural), sino que transgredía códigos morales. Se trata de algunas parejas gay que, después de vivir en la calle y del cartoneo (algunos también ejercían o habían ejercido la prostitución), levantaron allí sus precarias viviendas y dieron nombre a la villa creada: la Aldea Gay, a la que se fueron agregando nuevas familias hasta formar un núcleo de más de trescientos habitantes. La identidad cuestionada –y causa de abusos y persecuciones– estaba dada por la opción sexual que, apenas unos pocos años después, sería objeto de uno de los cambios culturales más significativos: la ley de matrimonio igualitario. En ocasión de su tratamiento, durante los debates (públicos, de los medios de comunicación y en el Congreso de la Nación) la naturaleza fue

ampliamente esgrimida, como es de imaginar. En los avatares de la experiencia de la Aldea abordada por Carman en el capítulo II, la naturaleza se envuelve en unas circunstancias todavía más complejas. Sus habitantes vivían en contacto con la naturaleza, contra la naturaleza o en “estado de naturaleza” (como primitivos, sin ley): todo es posible según quién lo diga o para qué se diga.

El capítulo III, “La máxima intrusión socialmente aceptable”, es un análisis de los discursos estructurados como discursos políticos: el valor cultural que adquiere aquello que porta hoy el estandarte de la naturaleza y la defensa del medio ambiente contra lo que lo degrada y afea, como pueden ser los ocupantes que viven en “estado de naturaleza” y/o *contra natura*. La cultura asimilada a manifestaciones estéticas puede ser, por el contrario, interpretada como signo de humanidad y sociabilidad. Carman interpreta así la experiencia de un movimiento social que pudo escapar de su identificación como amenaza (en este caso, a la seguridad de “los vecinos” de otro barrio tradicional y popular de la ciudad, Parque de los Patricios) a partir de expresiones estéticas que pueden ser compartidas y comprendidas por quienes se sienten amenazados. Una estilización, como muestra Carman, cuyo despliegue reconoce algunas condiciones necesarias: los recursos aportados por el Estado, la organización política del grupo, y la participación de artistas más o menos reconocidos cuya presencia consagra, a la vista del profano, la humanidad exudada en el colorido de las viviendas.

Hasta aquí, la investigación tiene como referentes a grupos de población en condiciones de pobreza que viven de actividades mal pagas y no reconocidas, aunque sean necesarias. Población de “clase baja”, un rasgo que potencia esas identidades indeseadas, de las que pueden escapar quienes se organizan, hallan interlocución en el Estado o se expresan en signos compartidos: la estética, el color.

El capítulo IV, “Los barrios con candado en el jardín de Epicuro”, presenta la contracara de la pobreza. Si aquéllos son los segregados (abandonados a su suerte o no reconocidos como plenamente humanos en las políticas locales), aquí se trata de una

forma de autosegregación de clases acomodadas, a las que la ciudad abierta y diversa se les representa peligrosa. Desde mi punto de vista, se trata del capítulo más esclarecido y el más esclarecedor. Quizás la distancia moral de la autora con sus actores, tan lejanos de los que se resguardan en los lugares más inhóspitos de la ciudad, le permite una distinción más precisa del problema de investigación respecto del drama humano de los otros grupos que informan su estudio. Y esa distinción hace que quede más patente aquello que relaciona a estos grupos: la desigualdad social profundizada en el último ciclo de la historia argentina y expuesta en signos que marcan con nitidez las distancias sociales. La existencia de unos no se entiende si no es en relación con las de los otros. Quizás no sea excesivo aclarar que no se trata de relaciones directas, evidentes o personales: son tramas, redes, algunos de cuyos hilos son estos discursos que juegan con la naturaleza y la cultura; con el miedo y la libertad (¿con el miedo a la libertad?); con el aire libre y los cerrojos; con el *merchandising* (alarmas, cámaras, tarjetas, guardias privados) de la seguridad devenida en la principal mercancía de los proyectos urbanísticos cerrados.

Estos recursos del lenguaje en los discursos políticos, en la constitución de sujetos y en las estrategias de diferenciación, discriminación o reconocimiento, están presentados en una síntesis analítica acabada y clara en las "Conclusiones". Una síntesis que constituye un aporte teórico al estudio de los procesos socioculturales de segregación en las metrópolis de esta parte del mundo, y que pone al descubierto nuevas formas en que la desigualdad es sublimada en el lenguaje. La naturaleza y el medio ambiente pueden ser los articuladores de un discurso político-social que traduce en sus términos algunas de las caras que presenta la cuestión social contemporánea en nuestra región. Al respecto, la autora termina abogando por "resimbolizar el mundo en un lenguaje diáfano". Quizás esa apelación sea una disonancia en su libro, ya que sería confiar en la posibilidad de un lenguaje verdadero, cuando lo más probable es que estemos condenados por el lenguaje a representar el mundo parcialmente; y a tener que des-

decirnos toda vez que los demás hablantes se apropien de los términos que vinieron a transparentar algún discurso de poder. La antropología relativista, sin ir más lejos, denunció el pensamiento evolucionista del Occidente colonizador para quedar atrapada en otra estrategia de justificación de la desigualdad: el holismo dejó afuera las relaciones coloniales y hasta justificó la segregación.

Ésta es una breve introducción a *Las trampas de la naturaleza* y una invitación a su lectura. Podría cerrar el prólogo en este punto porque cumple el objetivo de presentar al lector lo que hallará en sus páginas. Aunque no sin antes resaltar su escritura, porque María Carman *no se atreve* a las licencias poéticas y a transponer los estilos del texto académico, sino que esas licencias *son* su estilo de escritura. Un estilo que no necesita ser justificado en ninguna corriente antropológica y que el lector seguramente agradece: presenta los resultados de sus investigaciones etnográficas en el formato de un texto bello y capaz de conmover sin ceder un ápice en las exigencias de rigurosidad teórica y metodológica.

Pero además, como toda buena investigación, su lectura suscita reflexiones o trae a la conciencia inquietudes que no están inmediatamente presentes en lo que investigamos. Un buen libro –y éste lo es, como también aquel de *Las trampas de la cultura*, del que creo que es tributario e inseparable– nunca deja indiferente. Un buen libro inquieta, hace pensar y descubre conexiones con nuestros otros temas de investigación, hasta llevarnos por vericuetos que no habíamos vislumbrado. El libro y su autora merecen que exponga algunas de esas inquietudes que me despertó su lectura, porque no les haría justicia si apenas cumpliera el requisito formal de presentarlos en un prólogo austero.

LA CLASIFICACIÓN NATURALEZA/CULTURA

Como está dicho en el libro, el par naturaleza/cultura se nos presenta "naturalmente" (valga la paradoja) como contraposición y dicotomía, y con una supuesta delimitación precisa. En tanto

antinomía, corresponde a los infinitos pares de oposiciones con los que pensamos el mundo, sin que jamás los objetos clasificados se queden en “su lugar”, porque con los mismos argumentos, los desclasificamos o reclasificamos.

En su preocupación por los orígenes de la sociedad humana, por la evolución o por la diversidad sociocultural, la antropología –que hizo de la cultura su objeto disciplinar– buscó los límites con la naturaleza. Lévi-Strauss los señaló en el ensamble entre universalidad humana y diversidad cultural. En tanto que lo que es universal en el hombre atestigua la presencia de la naturaleza,¹ la enorme variabilidad de las normas demuestra su condición cultural. Excepto la regla que prohíbe el incesto: aunque la prohibición recae sobre diferentes categorías de parientes, es una ley universal, nos dice el maestro, lo que hace de ella una presencia de la naturaleza en la cultura; y al mismo tiempo, una ley fundante de cultura. Un lazo de la cultura con la naturaleza.²

Pero la distinción entre naturaleza y cultura es una preocupación del pensamiento al que las respuestas por la religión o por lo sobrenatural no lo satisfacen; preocupación de una cultura que concibe al sujeto humano creador y centro de un universo a su disposición y transforma esa capacidad en distintivo. Allí donde nuestros antecesores encontraban a sus deidades y sus orígenes (un animal, los espíritus de la selva), que los protegían o castigaban, el hombre moderno solo halló los medios de producción. Y la dicotomía naturaleza/cultura devino en la fórmula para distinguir(se) y poner a su disposición también a esos humanos que no adherían a él, determinando y delineando, al mismo tiempo, el camino del progreso.

Si esto es así en lo que hace a la delimitación, no es cierto, sin embargo (contra la ideología del buen salvaje), que los grupos

¹ Los procesos mentales del pensamiento, por ejemplo, hacen de toda la humanidad una única especie.

² Claude Lévi-Strauss [1949], *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós, 1981.

humanos antepasados vivieran en estado de naturaleza y no manipularan ni intervinieran su entorno, desde el mismo momento en que comenzaron a tallar la punta de una flecha. Hay, sí, una cuestión de escala en los efectos predadores (aún hoy, si consideramos a las pequeñas comunidades) antes que una espontánea conciencia conservacionista. Del mismo modo, tampoco es cierto que haya algo sobre la tierra que permanezca como al principio de los tiempos, porque cada forma de vida interfiere, interviene, tuerce la suerte de otras formas de vida. El humano moderno hizo conciencia, conocimiento y proyecto racional de esa intervención y pretendió con ello distinguir sus derroteros de “los naturales”. Fue eficiente, claro; expandió infinitamente su dominio sobre las otras formas de vida y también de culturas menos propensas a esa distinción, aunque sí portadoras de clasificaciones complejas de sí, de su hábitat y de su entorno. Pero la razón no le alcanzó –y no le alcanza al humano contemporáneo– para evitar el riesgo al que expone a su propia existencia y a sus comunidades, con los modos de vivir y los regímenes de producción (de alimentos hasta armamentos), ni para dar coherencia lógica al “progreso” que proclama.

Esas ideas que acompañaron la formación de la modernidad occidental (cultura, civilización, patrimonio, tradición, progreso, en sus infinitas acepciones e interpretaciones) son recursos culturales con los que se sostuvieron las creencias de superioridad, que justificaron el dominio y la conquista de los pueblos “no civilizados”, cuando no su persecución y exterminio. Pero esto no completa lo paradójico de nuestras civilizaciones: es posible que esos términos ofrezcan, simultáneamente, los recursos argumentales para un discurso de liberación; como es posible que por ellos se sublime la desigualdad, y se haga inexcusable la reivindicación de la condición de iguales y con iguales derechos de los grupos excluidos. Este repertorio de términos –tan caro al pensamiento político occidental y a la modernidad cultural– constituye un lenguaje ambiguo, cuyos sentidos son, si cabe decirlo así, locales y efímeros (¿vacíos, en la interpretación de Laclau?).

Hoy resulta progresista y un signo de corrección política, como se muestra en este libro, comprometerse con la preservación del medio ambiente y el patrimonio cultural (la naturaleza y la cultura), al punto que puede constituir una trampa para gobernantes, como ocurrió con el conflicto liderado por los ambientalistas de Gualaguaychú. Se hizo deseable y saludable el contacto con la naturaleza, la comida natural, el parto natural,³ las reservas naturales, etcétera.

Lo que pone a la vista María Carman en su libro, a través de los casos y problemas locales de la política urbana que son su objeto de análisis, es otra forma de esta invención cultural de la naturaleza. Invención de la naturaleza como concepto y de la materialidad del “ambiente natural”: las reservas y los parques en los que vienen a anidar un sinnúmero de especies; el río, al que se quiere retrotraer a los tiempos originarios de la ciudad. Y la paradójica conversión de la naturaleza en “patrimonio cultural”, o “modo de vida”. Modos de vida naturales según los argumentos distantes –pero en eso coincidentes– de los ricos de los barrios cerrados y de los pobres de las villas. “Naturalidad” que ennoblece a unos, o estado de naturaleza que barbariza o deshumaniza a otros.

Naturaleza y cultura asoman, entonces, como lo que son: hechos de cultura. Una clasificación de los objetos del mundo, de los seres del mundo y, en estos usos, de los humanos del mundo. Una clasificación que, aunque resiste muy mal el análisis, no deja de ser recurso de discursos políticos varios, más o menos progresistas, más o menos anticapitalistas, más o menos defensores de derechos para todos o de privilegios de grupos. Imposible generalizar.

³ Parto natural que, por supuesto, requiere una parafernalia de recursos de confort doméstico, de salud, de reaseguro médico, además de una amplia bibliografía que lo justifique.

GANÁNDOLE TERRENO AL RÍO

Mejor llamar la atención entonces sobre un dato curioso que, quizás, forme parte de un estilo de desarrollo no solo de la ciudad de Buenos Aires sino nacional, que alguna vez se manifestó en el trazado de las vías de ferrocarril, y hoy lo hace en el trazado de las rutas aéreas,⁴ en la distribución de la población y en la concentración de los recursos.

Sin ninguna pretensión de avanzar más allá de llamar la atención sobre la rareza del dato, quiero decir que quizás en él se encuentre alguna explicación –si no coherente, al menos lógica– a esa predisposición por ganarle tierras al río, por empujar el río y dejar libre la pampa y las tierras consolidadas. El hecho de que en el país de la pampa inmensa su población se amuche en Buenos Aires, puede explicarse por su historia centralista y su economía agroexportadora. Sin embargo, el estilo de desarrollo que la economía y la política podrían explicar tal vez no sea suficiente para dilucidar la rareza de este comportamiento de los porteños, empeñados desde hace mucho en ganarle terrenos al río. Es decir, al Río de la Plata, al que la porteñidad ostenta como el más ancho del mundo, pero quiere empujarlo hacia la otra orilla y hacerlo más angosto. Río al que la ciudad de Buenos Aires le fue dando la espalda, aunque ahora los vecinos pudientes de Puerto Madero lo miran desde arriba, hasta su otra orilla lejana.⁵

¿Qué es lo natural en esos espacios hechos con escombros y desechos de la ciudad? La Reserva Ecológica, el Parque Natural y el Parque de la Memoria son resultado de decisiones de política urbana, de ocupación del espacio, de concepciones ambientalistas más o menos planificadas, más o menos razonadas o razona-

⁴ ¿Por qué no se puede viajar en avión de Posadas a Salta sin pasar por Buenos Aires? Apenas una pregunta al azar.

⁵ En esta misma línea, podemos recordar que un proyecto del gobierno del ex presidente Carlos Menem fue el traslado del Aeroparque de la ciudad de Buenos Aires a una enorme plataforma sobre el Río de la Plata.

bles, más o menos inexplicables o curiosas. Espacios en los que se desarrollaron esas otras formas de vida y variedad de especies que encontraron allí un hábitat propicio. Espacios producidos por esa acumulación de escombros y desechos en los que también hallaron un hábitat propicio los pobres que se afincaron cerca de recursos que les son necesarios: los que dispone la ciudad para sus vecinos legítimos (el trabajo, los hospitales, las escuelas), el río –para los más duchos y que saben aprovecharlo–, las changas y los desechos reciclables.

La biodiversidad en la Reserva Ecológica y en el Parque Natural no es producto de la generación espontánea, sino de aquella intervención. Y los grupos humanos que allí se asentaron seguramente se llevan tan mal o tan bien con los demás habitantes de esos humedales como debe haber sido desde el principio de los tiempos. La naturaleza no es más que un recurso del discurso político del desarrollo urbano, a veces también apropiado por quienes construyeron en esos espacios sus lugares de habitación.

EL ESTADO Y LOS ASUNTOS PÚBLICOS

Ahora bien, mostrar las trampas de la naturaleza (o la naturaleza como trampa), ¿significa desestimar la deseabilidad de generar condiciones ambientales para la biodiversidad, preservar el ambiente en que vivimos, ampliar los parques públicos, embellecer la ciudad, mantener viva la memoria?

Cada discurso plantea una trampa cuando es unilateral; incluso el discurso social, si despoja a los agentes de intereses. Las villas, las ocupaciones, las casas tomadas, son estrategias que denuncian por su sola existencia la incapacidad estatal para cumplir con el contrato que obliga al Estado a preservar el principio de igualdad de los ciudadanos. La falta de viviendas y de salubridad para los habitantes de la ciudad lo interpela por un deber que no cumple, por un derecho que no respalda, aunque a veces alguno de sus órganos, como la Justicia, exhorta a los otros poderes a

hacerlo.⁶ Pero el barrio cerrado, con guardia de seguridad privada, es igualmente un contrasentido en la ciudad moderna, que es abierta, de libre circulación –y la libre circulación es un derecho constitucional que el Estado debe garantizar–. El barrio cerrado es una ciudad amurallada dentro de la ciudad de los ciudadanos, otra legalidad dentro y contra la legalidad legítima de la justicia ciudadana. Más que las villas, la novedad del barrio cerrado da cuenta de un cambio cultural que afectó profundamente los parámetros de convivencia a lo largo del último cuarto de siglo de la historia argentina: lo único que conecta al barrio y a la villa es el miedo y la desconfianza. Aun cuando las empleadas domésticas atraviesan las puertas levadizas, están expuestas a la requisitoria del personal de seguridad, como leemos en este libro.⁷

Esta conformación de la “comunidad ciudadana”, esta nueva urbanidad que asoma en los extremos expuestos en el libro, permite una última reflexión sobre el Estado. Las instituciones públicas están hechas de aquellas –y otras– contradicciones a las que me refería antes. Éstas hacen imposible reducir los discursos en el Estado a un único discurso estatal. En el Estado no hallamos otros discursos que aquellos que circulan públicamente, que producimos los técnicos y los académicos, que levantan los militantes, que amplifican o silencian los medios de comunicación, que reproducen o reinterpretan los grupos e infinitas agencias. En la disputa, que siempre es política, algunos pueden hacerse voz oficial y política pública, sancionar sus postulados por el poder del Estado.

Eso asoma en este libro: la intrincada trama de la gestión pública como una demanda pendiente para los investigadores sociales, en especial para los etnógrafos, pues faltan investigaciones de este tipo que ayuden a comprender prácticas e intereses en su interior.

Condiciones ambientales para la biodiversidad, ambientes saludables, parques públicos para el disfrute, el cuidado del patri-

⁶ Véase el capítulo I.

⁷ Véase el capítulo IV.

monio y el embellecimiento de la ciudad, el mantenimiento vivo de la memoria: seguramente son demandas fragmentadas, expuestas por sectores que no necesitan demandar salud, vivienda y educación (o apenas un lugar junto al río), pero que no por eso les son menos deseables. La trampa está en su “privatización” y en los discursos que las contrapongan a aquellas otras necesidades cuya satisfacción para todos ya son derechos instituidos (aunque no se cumplan). La clasificación de las necesidades es un modo, también, de clasificar a los ciudadanos según la calidad de aquello de lo que se hacen merecedores.

INTRODUCCIÓN

Con las caras de una palabra quisiera hacer piedras
y mirarlas todas hasta el fin de mis días.

JUAN GELMAN, “El atado”.

ESTE LIBRO SE PROPONE retomar algunas problemáticas abordadas en un trabajo anterior (*Las trampas de la cultura*, 2006). Allí indagué, entre otras cosas, de qué modo la cultura o el patrimonio pueden servir como argumentos –incontestables, casi extorsivos– para el ejercicio de una “violencia civilizada” sobre los sectores considerados indeseables en la ciudad de Buenos Aires.

Mi preocupación aquí se centra en analizar de qué manera algunos usos y apelaciones a la naturaleza funcionan como una máscara de la segregación sociourbana en la ciudad de Buenos Aires.¹ El libro reflexiona sobre aspectos prácticamente ignorados de una ciudad cuyo *boom* turístico y rostro multicultural obliteran sus falencias en lo que respecta a la inclusión social de los sectores desfavorecidos.

En los capítulos I y II tomaré como eje de reflexión el caso de dos villas desalojadas en forma total o parcial por el gobierno local para la apertura de un nuevo corredor de parques frente al Río de la Plata. Se trata de dos sitios casi invisibles de la ciudad de Buenos Aires: la Villa Rodrigo Bueno, próxima a la Reserva Eco-

¹ Utilizo por lo general la noción de naturaleza, pues surge como la categoría nativa más frecuentada. Las distinciones entre naturaleza, medio ambiente y ecología no serán tratadas con exhaustividad aquí, ya que exceden los objetivos de este libro. Cabe aclarar además que diversos fragmentos de los capítulos fueron publicados en versiones previas, para lo cual remito al lector a la bibliografía general (capítulo I: Carman, 2008a y 2008c; capítulo II: Carman, 2010a; capítulo III: Carman, 2007 y 2008b; capítulo IV: Carman, 2003).

lógica Costanera Sur, y la Aldea Gay, oculta en la franja costera de Ciudad Universitaria.

Si bien el desalojo parcial de Rodrigo Bueno estuvo enfocado en la exaltación del patrimonio y, en el caso de la Aldea Gay, la justificación se construyó en torno a la celebración de la memoria, ambos compartieron el énfasis en la preservación de la naturaleza. En efecto, una conjunción de actores (tanto del sector público como del privado) recrea ciertos espacios ribereños apelando a la glorificación de la naturaleza, en pos de configurar un nuevo posicionamiento de estos espacios en la ciudad de Buenos Aires.

No me detendré aquí, con el detalle que merece, en el surgimiento histórico y las políticas urbanas implementadas en las villas de Buenos Aires teniendo en cuenta su compleja articulación con otras formas de hábitat popular: hoteles-pensión, casas tomadas, asentamientos. Esta tarea, sin duda necesaria, fue emprendida parcialmente en mi anterior libro, a la vez que en trabajos recientes de colegas.²

Mi intención tampoco apunta a la reconstrucción etnográfica per se de los casos a presentar, sino a la reflexión que estos suscitan para comprender la vigencia de una concepción neoevolucionista arraigada en el sentido común, que opera a la hora de juzgar el comportamiento de sectores desfavorecidos y de implementar políticas expulsivas.

Lo que me interesa demostrar son aquellos modos en que se expropia la condición humana a los considerados habitantes indeseables de la ciudad con el objeto de justificar el ejercicio de la violencia pública. La representación social que supone que los considerados bárbaros o cuasihumanos pueden ser destinatarios naturales de la violencia estatal se expresa en amenazas, expulsiones, y en lo que denomino *políticas de desamparo*, de las cuales el *desalojo asistencial* configura un ejemplo paradigmático.³ Mi

² Véanse Carman, 2006, cap. 2; Auyero y Swistun, 2008; Girola, 2008; Herzer, 2008; Cravino, 2008.

³ Ambas expresiones serán explicadas en el capítulo I.

preocupación consiste en estudiar no solo el efecto de algunas políticas públicas sobre esta población –incluyendo sus disputas y negociaciones–, sino también cómo se conforma la legitimidad de tales políticas, en las cuales la argumentación ambiental desempeña un papel central.⁴

En el capítulo III abordo problemáticas comunes de los capítulos anteriores, para desde allí deducir cuál es el *principio de máxima intrusión socialmente aceptable* que subyace a estas operatorias de expulsión. Por último, comparo las experiencias de Rodrigo Bueno y Aldea Gay con gestiones culturales de resistencia de otros sectores populares de Buenos Aires.

En el capítulo IV exploro un fenómeno urbano en apariencia desligado de los anteriores: las urbanizaciones cerradas. A partir de postulados de Epicuro (341-270 a. C.), analizo la filosofía implícita de mudarse u ofrecer a otros las bondades de un barrio privado. El interés por incorporar esta temática, no prevista originalmente en el libro, responde a diversos motivos. En primer lugar, quise establecer el contrapunto con las *trampas de la naturaleza* abordadas en los capítulos previos, con el propósito de ensanchar mi comprensión de las construcciones de la naturaleza en el ámbito de la ciudad bajo análisis.⁵ En segundo lugar, me entusiasmo visitar un ensayo en el cual presumí cierta afinidad entre los postulados de Epicuro y el fenómeno de expansión de los barrios privados. Incursiones en otros autores clásicos, y aun las mismas lecturas diez años después, me alentaron a emprender tal revisión.

Unas y otras *trampas de la naturaleza* se despliegan y son vividas en el seno de la misma ciudad, pero no he de partir de una

⁴ Como señala Rabotnikof (2005: 32), la retórica tiene una función no instrumental, sino constitutiva de los temas públicos.

⁵ La inclusión de este capítulo en el libro es sin duda deudora del trabajo de Caldeira (2007) y también, más recientemente, del de Girola (2008), aunque con un ánimo más bien ensayístico y sin el rigor etnográfico de mi querida amiga y colega.

concepción implícita de una naturaleza universal.⁶ En tanto la naturaleza no es un entorno dado, pasivo, ni que existe independientemente de la acción humana (Descola, 1996: 86 y 87), mi propósito consiste en desentrañar cuáles son las concepciones locales de naturaleza involucradas:⁷ la naturaleza como artefacto producido para el mercado, como patrimonio cultural, o bien como estrategia de permanencia en la ciudad en el caso de los sectores populares.

En los fenómenos urbanos abarcados en el libro –las villas y los barrios privados–, mi supuesto es que la naturaleza funciona como un recurso cultural. Esto no equivale a señalar lo que, por otra parte, resulta obvio: que la naturaleza es una construcción social, en tanto artefacto producido y reinterpretado diferencialmente por los actores implicados (poder local, grupos empresariales, habitantes de villas) en pos de lograr que su punto de vista sea reconocido. Me refiero, en particular, al siguiente aspecto: el poder local o el sector privado utilizan la naturaleza como un plusvalor en el armado de proyectos urbanísticos que celebran la belleza, lo irrepetible del paisaje y su privilegio cultural.

⁶ La naturaleza ha sido una de las preocupaciones tradicionales de la antropología desde sus orígenes y, en particular, la distinción naturaleza-cultura ha funcionado como un dogma disciplinario por más de cuarenta años (Descola y Pálsson, 1996). La persistencia de la distinción naturaleza-cultura resulta aun más asombrosa si se la confronta, como señalan los autores, con otras oposiciones binarias occidentales que fueron exitosamente criticadas, tales como cuerpo-mente, sujeto-objeto o individuo-sociedad.

⁷ Como puntualizan Descola y Pálsson (1996: 4), la búsqueda de un universalismo en el reconocimiento de cierto “plan básico de la naturaleza” impide tomar en seria consideración aquellas entidades y fenómenos que no encajan en la esfera de la noción occidental de naturaleza, pese a lo relevante que éstas puedan ser en las concepciones locales del medio ambiente. Estoy repensando estas ideas de Descola menos para referirlas a concepciones no occidentales –como él ha abordado en sus investigaciones– que para trazar distinciones dentro de nociones reificadas de naturaleza o medio ambiente de nuestro mundo occidental o bien, con mayor modestia, de la problemática urbana bajo análisis. Mutatis mutandis, el horizonte de pensamiento de Descola me ha resultado imprescindible para emprender dicha tarea.

Esta afirmación resulta pertinente para el caso de la Villa Rodrigo Bueno, cuya subsistencia se ve afectada tanto por formar parte de la Reserva Ecológica como por la presión inmobiliaria del cercano y pujante barrio de Puerto Madero. También lo es respecto a la Aldea Gay, que fue desalojada a partir de una articulación de intereses sectoriales no menos intrincada, que incluye las demandas de los organismos de Derechos Humanos para la inauguración del Parque de la Memoria, y el interés estatal en finalizar el Parque Natural contiguo a aquél.

En ambas coyunturas, los recursos de la naturaleza y la cultura se enlazan en un contínuum, en el cual sus argumentos se ven mutuamente reforzados en pos de la legitimación de una determinada “política de lugares” (Delgado, 1998) de la ciudad de Buenos Aires.

Los recursos de la naturaleza y la cultura también se enlazan en un contínuum en el caso de las urbanizaciones cerradas, ya que ambos elementos son concebidos como antítesis del miedo. Se presume que un “exceso” de naturaleza contribuiría a resolver conflictos urbanos e incluso el azar del espacio público, concebido en términos negativos.

* * *

Amén de innumerables fuentes secundarias, el trabajo se apoya en diversos materiales de campo: observaciones y entrevistas a funcionarios y empleados municipales o judiciales, sectores populares, vecinos de clase media y participantes de organizaciones universitarias, ambientalistas o de derechos humanos. Dentro de las villas, entrevisté a habitantes de distintas edades –hombres, mujeres, gays, travestis– que aportaron una valiosa perspectiva sobre el derrotero de sus existencias.⁸ Creo que los “nativos” y

⁸ Además de su evidente rasgo callejero, el trabajo de campo es, en más de un sentido, una experiencia privada e intransferible: tanto por sus motivaciones extracientíficas como por los intercambios con aquellos interlocutores que

yo éramos, el uno para el otro, un “enigma recíproco” (Losonczy, 2008: 79), si es que esto no significa concederme demasiada importancia.

Tanto en Rodrigo Bueno como en la Aldea Gay, voy a relatar historias de poblaciones que, en apariencia, no existen: las tierras ganadas al río donde ellos habitan apenas figuran en algún mapa. Si de algunos pueblos se presume que no tienen historia, otros ni siquiera tendrían una geografía. Inversamente, los barrios privados tienen una sobremarca visual: todos los fines de semana, los dos principales periódicos nacionales publican un mapa a doble página con el detalle de los emprendimientos.

Si esta presentación simultánea produce incomodidad en el lector –la incomodidad que quizá sentimos al recorrer espacios contrastantes de la ciudad–, me daré por satisfecha. Pero más importante resultaría para mí si el libro colaborara en la denuncia de las condiciones de vida de los barrios de relegación urbana, y de la intrincada relación con el Estado durante su permanencia y expulsión. Por último, mi expectativa es que estas páginas den cuenta, aunque más no sea de una manera provisoria e inacabada, del dolor de los habitantes de Rodrigo Bueno y la Aldea Gay.⁹ Aunque ellos quizá prefieren simplemente que cuente, como dice una de las vecinas, la novela de sus vidas.¹⁰

* * *

son inaccesibles al lector del texto, y en cuya adecuada transcripción no hay más remedio que confiar.

⁹ En tal aspecto, este libro no constituye sino un eslabón de una cadena que abarca encomiables esfuerzos: el Estudio de Caso de la Villa Gay del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS); la producción de mis colegas; las tareas de apoyo a la Aldea del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Exactas y la labor de los abogados de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), de la Asesoría Tutelar N° 2 y del Juzgado N° 4 en lo Contencioso Administrativo, entre otros tantos.

¹⁰ Margarita le explica –en guaraní y entre risas– a su vecina de la Villa Rodrigo Bueno, que amasa chipa indiferente a mi presencia: “Ella viene a escribir la novela del barrio... la novela de nuestras vidas”.

Cuando terminé mi tesis doctoral, luego de un trabajo en terreno de una década, estaba extenuada. Tenía la sensación algo apocalíptica de que no iba a poder trabajar en otro sitio, o al menos en ninguno tan fascinante como el que acababa de dejar. Esta ausencia de campo es sin duda, como bromea Abèles (2008), toda una tragedia para un antropólogo. Y al mismo tiempo, las crisis de campo constituyen casi un hecho etnográfico: “¿Debo salir a ‘encontrar’ mi nuevo campo –me preguntaba–, o debería permitir que éste llegue a mí de un modo misterioso, como me sucede con la trama de las novelas que escribo? ¿Mi nuevo campo me será revelado a través de un sueño?”. También me cuestionaba por qué insistía en “conseguir un campo” cuando quizás podía plantearme estudiar, como sugiere Clifford (1991a), culturas itinerantes.

En un momento inesperado, algo maravilloso sucedió. De vacaciones con mis niños, sin mucho tiempo libre para preocuparme por nada, leí una nota del diario *La Nación* firmada por el ex director de la Reserva Ecológica:

Una nueva amenaza se cierne sobre la Reserva Ecológica Costanera Sur. [...] Son pocos los que saben que en una de las áreas de mayor biodiversidad, como lo es el borde del canal y el ceibal allí asentado, más de mil quinientas personas se apiñan desde hace años junto a un canal contaminado, donde obtienen bogas enfermas y coipos protegidos como alimento. Su urbanización cortaría la libre circulación de especies entre el canal con el resto de la Reserva, afectando el ecosistema y el desarrollo de la vida de los animales. (*La Nación*, 2 de diciembre de 2004.)

¿Exagero si digo que sentí mariposas en la panza? “Ahí es donde quiero trabajar”, me dije. Sentí una inmensa curiosidad de volver a ese sitio familiar.¹¹

¹¹ Devereux (1977: 191) había señalado, tiempo antes que los antropólogos posmodernos, de qué modo al estudiar a otros sujetos humanos también nos

Conocí la Reserva Ecológica de ñaña, de la mano de mi padre, cuando todavía era un ignoto refugio de ornitólogos. “Vamos a ver pájaros”, decía de golpe mi padre, y yo era la única de los cuatro hermanos que accedía gustosa a internarme con él durante horas en la llanura pampeana o en la reserva, sin intervenir en los constantes ruidos de la naturaleza. Mi padre y yo permanecíamos en silencio para identificar a las aves que se mostraban esquivas a la vista. La naturaleza no era para mí un territorio vacío, sino el escenario posible y añorado del encuentro a solas con mi padre, mediado por una serie imprevisible de cantos enigmáticos y difíciles de traducir.

Esta primera confesión quizá complazca al lector sentimental, pero lo cierto es que yo, acostumbrada a lidiar con “problemas urbanos”, no tenía ninguna intención de estudiar un “problema ambiental”. ¡Si lo hubiese sabido de antemano, quizás hubiese entrado en pánico! Según mi experiencia previa con los habitantes de casas tomadas del barrio del Abasto, creí estar en presencia de otro tipo de ocupación ilegal, solo que en tierras vacantes de Buenos Aires. A medida que me fui sumergiendo en la investigación, no tuve más remedio que indagar en los discursos de sesgo ambiental que aparecían entre los portavoces muñidos de autoridad,

estudiamos a nosotros mismos y reevaluamos nuestra propia identidad. Uno de los predecesores de la antropología, Montaigne, ya lo había enunciado poéticamente: “Hablando de los otros, hablo de mí” (Laplantine, 2008: 137). Wright (2008: 231) reflexiona, en un sentido similar, acerca de cómo todos los lugares y la gente pueden transformarse en relevantes por sí mismos a partir de la práctica antropológica. Incluso un “otro cotidiano”, señala el autor, comienza a ser mirado con ojos asombrados porque la agenda existencial del etnógrafo ha cambiado: “Los lugares/temas antropológicos se relacionan con aspectos que faltan en nuestras biografías y que restauramos a través de la etnografía” (*ibid.*). Con esta investigación, quizá yo esté aprendiendo a nombrar una experiencia –la naturaleza, mi naturaleza– que nunca tuvo palabras. Esto no significa –retomando la bella metáfora de Godelier (2008)– construir al otro como espejo de mí misma, sino romper ese espejo a partir del encuentro perturbador, misterioso y siempre renovado con el otro.

pero también en los habitantes invisibles a los cuales nadie se tomaba el trabajo de escuchar.¹²

Simultáneamente, en diversos ámbitos de la ciudad se discutía si Puerto Madero contaminaba, si otros sectores populares dañaban la naturaleza, o si la cuenca del Riachuelo provocaba sufrimiento ambiental a los pobres que viven en sus orillas. No trabajé los acontecimientos que sucedían en paralelo a mis casos bajo estudio, pero fui escribiendo el libro en diálogo con esos debates.

¿Qué significa la naturaleza para los habitantes de mi ciudad? ¿La naturaleza, en verdad, existe?¹³ ¿Tiene sentido abordar las construcciones culturales de la naturaleza en Buenos Aires, cuando quizás existen problemas más acuciantes en los cuales centrar mi atención? Otras temáticas podrían haberse convertido en eje del trabajo: el cruce entre etnia, género y clase social; la actividad del cartoneo; los movimientos ambientalistas o de derechos humanos en las zonas de relegación urbana; el rol del orden jurídico en la definición del conflicto, y otras tantas de cuya omisión ni siquiera soy consciente.

Cada texto escrito por investigadores en ciencias humanas no es el reflejo de una realidad, sino de una sensibilidad [...] Cada uno hace campo por sus propias razones [...] El observador no puede ser disociado de lo observado: no observa sino los comportamientos que puede observar y no relata sino lo que entrevió en el campo (Ghasarian, 2008: 19-22).

¹² No pretendo, ingenua o demagógicamente, restituir las voces de los invisibles; me conformo con ejercer una vigilancia epistemológica para no suprimirlas.

¹³ En su magnífica etnografía amazónica, Descola no duda en afirmar que la naturaleza no existe en todas partes, ni para siempre: “esta separación radical, establecida muy antiguamente por Occidente entre el mundo de la naturaleza y el mundo de los hombres, no tiene gran significado para otros pueblos, que confieren a las plantas y a los animales los atributos de la vida social, considerándolos como sujetos antes que como objetos, y que no pueden, en consecuencia, expulsarlos a una esfera autónoma” (Descola, 2005b: 391).

Solo he escogido una vía posible de traducción. Otras voces murieron en el camino –en los sucesivos borradores de este libro–, como las tortugas recién nacidas que se dirigen a tientas hacia el mar y solo unas pocas sobreviven.

I. LA VILLA RODRIGO BUENO



IMAGEN 1. Actuación de la murga en la Villa Rodrigo Bueno durante el día del niño (María Carman, 2009).